

Eucaristía y divorcio, ¿hacia un cambio de doctrina?

Antonio María Rouco Varela
Cardenal, arzobispo emérito de Madrid



Un nuevo libro explora las consecuencias doctrinales del debate del Sínodo sobre la Familia



El Papa Francisco saluda a una pareja de recién casados.

José Granados, vicepresidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia, en Roma, ha publicado recientemente el libro *Eucaristía y divorcio, ¿hacia un cambio de doctrina?* (BAC minor, Madrid 2014, XII + 154 p.). La obra tiene el valor de poner sobre el tapete una cuestión delicada y de analizarla con sensibilidad pastoral y hondura teológica. ¿Puede la Iglesia dar la comunión a los divorciados

que han contraído otra unión civil? La pregunta se ha discutido en el pasado sínodo de obispos, y afecta sin duda a un punto vital de la vida de la Iglesia y de su servicio a la sociedad. Entre los aspectos del problema, el libro elige uno, a nuestro parecer determinante para la entera discusión: ¿estamos ante un dilema sobre la mejor aplicación pastoral de la doctrina sobre el matrimonio indisoluble; o hay que decir, más bien, que la decisión afecta

a la misma doctrina cristiana, que procede de Jesús y es parte de las palabras de vida que inspiran la entera pastoral de la Iglesia?

Para arrojar luz sobre este debate, nuestro libro analiza qué es la doctrina de la Iglesia y su íntimo vínculo con la vida sacramental y con el obrar cristiano (capítulos 1 a 3). Puede así describir el modo en que la doctrina cristiana se ha desarrollado en la historia, y se ha traducido en culturas y prácticas sociales al servicio del bien común, poseyendo también una luz particular para nuestros tiempos postmodernos (capítulos 4 y 5). Aplica, finalmente, esta visión a la enseñanza sobre la indisolubilidad del matrimonio (capítulo 6). Anima estas páginas una preocupación pastoral: recuperar una idea rica de doctrina es recuperar la doctrina como luz que acompaña el camino del hombre hacia una vida plena.

Enfoque dinámico de la doctrina, no depósito estático

Uno de los puntos fuertes del análisis es que no se parte aquí de una visión estática de la doctrina, depósito inmutable de verdades eternas, tras de la cual se atrincherarían quienes tuvieran miedo de vivir a la altura de nuestro tiempo. Al contrario, estas páginas nos ofrecen un enfoque dinámico de la doctrina, presente ya en las confesiones de fe del Antiguo Testamento, que atestiguaban la salvación de Dios en la historia, y cuya expresión máxima se recoge en la estructura del

Credo cristiano, que nos relata la historia cumplida de Dios con el hombre. La verdad que la doctrina proclama no es, desde este punto de vista, una imposición abstracta que no tiene en cuenta la debilidad concreta de las personas. Al contrario, esta doctrina es la luz que brota de la vida luminosa de Jesús, de su historia entre nosotros, tentado en todo y en todo compañero de nuestra ruta, para hacerse capaz de habitar en la carne de cuantos creen en Él.

Precisamente los sacramentos, y en concreto la eucaristía, atestiguan el carácter encarnado de la doctrina. La doctrina, de hecho, nace de la celebración litúrgica, y en ella se proclama. La Iglesia confiesa la doctrina al celebrar sus sacramentos, que son «palabras visibles», en expresión agustiniana que el autor nos recuerda. A quien ha vivido el florecer del movimiento litúrgico a lo largo del siglo XX, a quien conoce la fuerza que el Vaticano II ha otorgado a la vida sacramental, y especialmente eucarística, como fuente y culmen, no solo de la vida cristiana, sino del pensamiento teológico, se le hace difícil entender que tocar la eucaristía no sea tocar también la doctrina. La conclusión es clara: alterar el uso eucarístico no es solo cambiar la doctrina, sino cambiar la fuente misma de donde brota la doctrina.

Entre otros textos de la tradición teológica, el libro expone este pensamiento de san Agustín: confesar la fe de la Iglesia no es solo decir cómo ha vivido Cristo, sino cómo están llamados a vivir los miembros del cuerpo de Cristo. Por eso quien se acerca a comulgar y dice «Amén», no solo está afirmando que cree en la presencia real de Jesús en la eucaristía. Al decir «Amén» el cristiano dice: «Sí, mi vida, en su condición visible dentro del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; mi vida, en el modo de vivir en la carne y de trenzar relaciones en el tiempo, quiere ser testimonio encarnado de la vida y enseñanza de Jesús». Desde aquí propone el autor la necesidad de coherencia o armonía entre la eucaristía y el matrimonio, para no caer en aquella fal-



Distribución de la comunión en una misa.

sitas in sacramentalibus signis (falsedad en los signos sacramentales) de que hablara Santo Tomás de Aquino (cf. S.Th. III, q. 68, a.4).

Doctrina y pastoral

Recuperar esta visión de la doctrina tiene ante todo interés para la pastoral familiar de la Iglesia. El hombre de hoy sufre porque le falta un relato coherente para su vida, que le permita trenzar un camino unitario en el tiempo, que le desvele un origen bueno y un destino grande y fecundo. La doctrina cristiana es el relato de Jesús que se propone al hombre concreto y le libera de la tiranía de un tiempo fragmentado, sin memoria ni esperanza. La indisolubilidad del matrimonio aparece, entonces, como la buena noticia de que este relato unitario es posible, porque es posible prometer y es posible perdonar. Esta doctrina no se proclama como un bello ideal al que tender, sino como la fuerza de la palabra de Jesús que se ha encarnado y se comunica a los cristianos en el sacramento del matrimonio. Mantenerla es decisivo para sostener la esperanza de los jóvenes en el camino hacia el «para siempre» del amor y para apoyar a las familias a lo largo de las pruebas de su vida, de modo que puedan ofrecer a sus hijos un hogar estable.

Solo desde aquí brota, como muestra este libro, una pastoral esperanzada para los cristianos divorciados que se han vuelto a unir civilmente. Si la Iglesia les

diera la eucaristía, haría desaparecer toda traza concreta y visible de la llamada de Jesús a un amor para siempre. La Iglesia bendeciría su nueva unión, echando tierra sobre su pasado: renunciarían ya del todo a vivir en fidelidad a las palabras de Cristo, palabras que se habrían reducido a un bello ideal inalcanzable. La otra vía pastoral —que nace de la armonía entre eucaristía y matrimonio indisoluble que la Iglesia ha enseñado siempre— confía en que es posible

vivir, a pesar de todo, según el «para siempre» de Jesús. E invita a estos cristianos —sin prisa, con comprensión misericordiosa por su dolor, acompañándolos paso a paso en la oración común— a cultivar su inquietud, a ponerse en camino, a estar dispuestos a considerar a otra luz su nueva unión, para poder, un día, vivir en su cuerpo y en su tiempo según el ritmo propio de la eucaristía, de acuerdo con las palabras de Jesús sobre el matrimonio. De este modo la fuerza eucarística, aun sin que puedan recibir el sacramento, actuará ya de modo concreto en sus vidas, en cuanto se ponen en camino hacia él.

¿Hacia un cambio de doctrina? El título del libro quiere, por una parte, levantar una voz de alarma: estamos ante una decisión que toca los fundamentos mismos de la vida y misión de la Iglesia; promover una disciplina eucarística incoherente con las palabras del Señor sería desvirtuar la doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio, enseñada por Jesús. Por otro lado, la respuesta a la pregunta admite también otro enfoque: sí, es necesario un cambio en el modo de entender la doctrina, para despertar así todo su potencial en la vida y evangelización de la Iglesia. La doctrina contiene la verdad sobre el amor humano, el ritmo de vida que lo hace pleno y fecundo, y del que tienen sed los hombres de nuestro tiempo. Planteando con claridad lo que hay en juego en las cuestiones debatidas, este libro presta un gran servicio al esfuerzo pastoral del próximo sínodo ordinario sobre la familia. ■